

Fundación Emmanuel Mounier. Salamanca 2025, pp. 118.
ISBN: 978-84-15809-91-3

Las primeras páginas de la obra nos presentan una vida consagrada a la búsqueda del saber, profundamente marcada por la impronta de su maestro, Ortega y Gasset. A través del contacto con otros pensadores, una intensa labor docente y una prolífica producción escrita, el autor se abre paso —incluso en medio de la desgracia de la guerra y un entorno hostil— con un compromiso fuerte con la verdad y una fidelidad a su propio pensamiento. Como suele ocurrir con los grandes filósofos, no fue profeta en su tierra: mientras aquí la cerrazón ideológica le cerraba puertas, en Estados Unidos era valorado como pensador y se le abrió un horizonte de posibilidades. Ciertamente, aquel terreno que se abonaba lejos de su tierra fructificaría, tiempo después, en España. Con el firme propósito de divulgar el pensamiento de Ortega y Gasset, que consideraba necesario para el futuro de la España que habría de resurgir de aquella época oscura, permaneció fiel a lo que entendía como su misión vital. La influencia de Marías se extendió al ámbito social, intelectual, cultural, artístico e incluso eclesial, como demuestra su participación en varias sesiones del Concilio Vaticano II.

Se ha dicho en ocasiones que la civilización se edifica sobre la base de figuras que actúan como referentes. Hoy, Julián Marías bien puede servir de modelo para la España en que vivimos, cuya polarización política en torno a la Guerra Civil esteriliza cualquier debate desde la razón. Por su experiencia directa de aquella tragedia, Marías puede ayudar, a través de su obra, a reconstruir la convivencia. No en vano se le denomina en el libro “el intelectual de la convivencia”, por haber sido un defensor de la libertad y la democracia que conoció de primera mano el horror del totalitarismo. Su compromiso central con la dignidad de la persona, la libertad y la verdad son los principios que orientaron su pensamiento, y pueden servir para fracturar esa cerrazón totalitaria que conduce a la ausencia de verdad y, en la lógica de nuestro autor, a la pérdida de la libertad y, por tanto, a la servidumbre. Y un filósofo no puede ser siervo, sino dueño de su propio pensamiento.

Esta introducción biográfica, que da cuenta de la talla intelectual del pensador, se encuentra enriquecida —o mejor dicho, coronada— por los frutos de su esfuerzo, materializados en una ingente obra. Entre sus títulos más destacados cabe mencionar *Antropología de la metafísica*, la *Historia de la Filosofía*, *Miguel de Unamuno*, *Ortega y tres antípodas*, la creación del Instituto de Humanidades, el *Breve tratado de la ilusión* o su reflexión sobre *La felicidad humana*, sin olvidar sus numerosísimas conferencias y otras publicaciones. Constituyó un descubrimiento personal conocer su afición por la fotografía, y creo que, si a través de sus escritos accedemos a su vida interior y su pensamiento, en sus fotografías encontramos una plasmación más objetiva e intencionada de la mirada de Marías, una atención focalizada en realidades concretas.

Una clave fundamental de su pensamiento y de la cual irradian muchas categorías que hacen entendible a la persona en su dimensión más íntima como social es la persona. La persona, en su dimensión espiritual y material, como punto de partida: una antropología concreta y proyectiva. Para Julián Marías, el ser humano no es una abstracción, sino una realidad dotada de una dimensión personal e intransferible. Es precisamente desde la persona —entendida como punto de origen ineludible— desde donde debe partir toda reflexión filosófica. Así, la vida no es algo ajeno o desgajado de la filosofía, sino que brota de ella y de la experiencia que en ella se arraiga. Cada persona es singular en su existencia, única e irrepetible, y se despliega en el tiempo, que no es mera sucesión de acontecimientos, sino el ámbito mismo de lo vital. De ahí que la existencia posea, necesariamente, una dimensión biográfica.

En su *Antropología metafísica* (1970), Marías reformula la pregunta clásica sobre el ser humano, desplazando el enfoque desde el qué es —propio de las cosas— al quién es, propio de la persona. La realidad humana es, así, una existencia concreta, irrepetible e inseparable de su circunstancia. “Somos hechos en serio y no en serie”, podríamos decir. Además, la persona se concibe como una potencia continua de ser, proyectada hacia el futuro, en un despliegue incesante que Marías denomina futurizo. Es en este movimiento hacia adelante donde la persona se va construyendo a sí misma.

Interesante me ha parecido su reflexión sobre el rostro. El “rostro” se erige en símbolo de esa dimensión proyectiva: es donde el yo se muestra al mundo, revelando no solo lo que la persona es, sino también hacia dónde se dirige. Siempre hacia adelante, en relación consigo misma, pero también en esencial necesidad de los demás. Marías habla de la condición menesterosa del ser humano, de esa necesidad radical de algo

que lo trascienda, lo cual da lugar a la idea de salvación: la búsqueda de plenitud como característica propia no solo del que existe, sino del que busca.

Un eje central de su pensamiento es la concepción de la filosofía como orientación vital, una concepción práctica que ayuda a vivir en el mundo. Conocer la realidad permite mantener un equilibrio entre el mundo que pensamos y el que experimentamos, pues este último es, en gran medida, una construcción interpretativa. Vivimos y pensamos el mundo —nuestro mundo— de una manera determinada. Ante la realidad, la persona se sitúa de un doble modo: observándola como hecho externo y apropiándose personalmente, dotándola de sentido. No solo percibimos la realidad; la interpretamos y, con ello, la transformamos.

Una categoría especialmente sugerente en Marías es la que atiende a la realidad de la persona en su autobiografía. No solo somos, sino que tenemos una historia que se ha ido desplegando desde el nacimiento. Somos conscientes de que somos y podemos narrar nuestra vida. Esta no se reduce a biología; tenemos una biografía que se abre en múltiples trayectorias. Nuestras circunstancias son dadas, pero elegimos cómo vivirlas. En medio de ellas descubrimos nuestra vocación, y la autenticidad consiste en ser fiel a ella dentro de nuestro proyecto vital, como actores en el mundo. Estamos situados en un entorno concreto desde el que nos proyectamos hacia el sentido que queremos dar a la vida, lo que se conoce como la estructura vectorial de la vida.

La vida no es lineal; se nos presentan caminos y posibilidades, pero siempre hay que elegir. Es el momento de existir y de ser. Avanzamos optando y renunciando: es el drama de lo posible. Nuestro conocimiento se completa cuando tomamos conciencia tanto de lo elegido como de lo relegado. La elección vital no es meramente circunstancial; tiene un carácter ontológico, pues en las decisiones se juega el quién queremos ser, conformando así la trayectoria efectiva de la existencia. Todo ello se integra en nuestra narración: en cierto sentido, somos lo que nos contamos.

Un aspecto luminoso de su pensamiento es la condición amorosa, que surge de entender al ser humano como un ser deseante, anclado en un anhelo profundo de plenitud. Para Marías, el amor implica proyección y compromiso; es crear una historia conjunta con el otro e instalarse en un mundo compartido. En el amor no solo nos encontramos con otra persona, sino que somos en relación con ella: orientamos nuestra existencia hacia quien amamos, hasta el punto de que la vida pierde sentido sin su presencia. El amor, por tanto, nos afecta y nos transforma en lo más íntimo de nuestro ser.

Otra categoría clave que resalto en mi reflexión es la de temple. Este concepto describe el modo particular en que nos adaptamos y posicionamos ante la realidad que nos rodea. No se trata de una aceptación pasiva o impasible, sino de una forma de estar en el mundo, moldeada por factores biológicos, históricos, sociales y culturales. El temple es lo que nos instala en la existencia, definiendo nuestra actitud vital y nuestra manera de habitar el presente.

Para Julián Marías, la vida humana se estructura en un tiempo vivido, una experiencia empírica que define nuestra existencia finita. Este carácter limitado del tiempo —articulado en instantes únicos e irreversibles— es el origen del drama temporal que marca nuestra biografía. La vida se nos presenta como una narración en marcha, que se va haciendo en y con el tiempo, nunca desde la nada, sino en constante diálogo con las circunstancias y en búsqueda perpetua de sentido. En este relato, la muerte emerge no como un mero final, sino como un horizonte que transforma radicalmente a la persona y, al cerrar el ciclo vital, lo ilumina todo. La reflexión sobre ella resulta esencial, pues insta en nosotros una inseguridad existencial constitutiva, recordándonos que vivir es, en el fondo, avanzar hacia un término que da significado al camino.

Finalizo esta reseña con otro concepto importante en la reflexión de Julián Marías, la felicidad. La felicidad es una aspiración irrenunciable, pero no un estado fijo. La concibe como una condición dinámica vinculada a su idea de futurición: se mide tanto en el presente como en el horizonte vital, realizándose continuamente. En ello radica su paradoja: se busca de modo permanente, pero nunca se alcanza del todo, como agua que se escapa entre las manos. Cada elección implica renunciar a otras formas posibles de ser feliz, por lo que solo se experimenta de manera fugaz, en instantes que no perduran. Así, lejos de ser una meta, la felicidad es para Marías una vocación y un proyecto permanente, la tarea que da sentido al despliegue mismo de la existencia.

La obra y el pensamiento de Julián Marías que nos presenta este libro de Pedro José Grande Sánchez, se revelan como un legado importante a conocer. Su trayectoria vital, ejemplar en su tenacidad por la verdad y su compromiso cívico, junto con su sistema filosófico, anclado en la realidad concreta, irrepetible y proyectiva de la persona, constituyen una solución contra la despersonalización ideológica y la polarización que paraliza el debate público. Desde su antropología metafísica —que traslada la pregunta del qué al quién— hasta sus reflexiones sobre el amor; la temporalidad, la muerte o la felicidad entendida como vocación, Marías elabora un pensamiento que no aspira solo a interpretar la vida, sino a

darle rumbo. Su defensa radical de la libertad, enraizada en la dignidad personal y en la asunción dramática de nuestra condición finita y menesterosa, señala un camino para reconstruir, desde la razón, el tejido de la convivencia. Leer a Marías hoy no es un mero acto de erudición, sino una invitación a asumir, con temple propio, la tarea inacabada de forjar una existencia auténtica y un espacio común fundado en la verdad. Su figura emerge así, no solo como el discípulo más lúcido de Ortega, sino como un filósofo dueño de su pensamiento, cuyo mensaje sigue interrogándonos y desafiándonos a ser, también nosotros, señores del nuestro.

Valentín González